

PRIMERA CITA

Puertas tapiadas, relojes invertidos, girones de piel humana colgando de los techos. Tridentes, sierras de cirujano y cuchillos de carnicero.

Sobre la bandeja, el torso de un gran animal rodeado de miembros más pequeños de otras especies. Dentro de las copas, vino denso y rojo con resonancias metálicas.

Ella frente a mí. Sus ojos de un azul blanquecino, su piel casi transparente y sus colmillos juguetones.

Su capa de cuello alto.

—Luego no dirás que no te lo esperabas —advierte.

Levanto mi copa para que vuelva a llenarla el mayordomo.

Fernando Sánchez Ortiz, *Pequeño Almacén Esperanto*, 2011.

PREVISIÓN

Un puñado de leyendas contadas junto al fuego de la niñez, algunas lecturas furtivas de juventud y otras tantas películas no recomendadas a menores, le habían inyectado un miedo atroz a ser enterrado en vida. No sabía decir el porqué, pero estaba convencido de que se despertaría encerrado en un ataúd, a dos metros bajo tierra. Y entonces le venían a la cabeza las tablas rasgadas, las uñas descarnadas, los gritos ahogados, los golpes inútiles. Consecuentemente, lo preparó todo al detalle, no por si ocurría, sino para cuando ocurriera.

Víctor Lorenzo, *Realidades para lelos*, 2010.

EL TESTIGO SILENCIOSO

Pude ver la escena claramente. Fui un testigo preferencial de cada uno de los hechos que terminaron en el pavoroso asesinato de la mujer de cabellos rojizos. Recuerdo haberla visto llegar, caminando del brazo de aquel hombre calvo, bajo la sombra que producen los árboles de enfrente. Se la

veía espléndida, gozosa, hasta que su compañero se alejó por la esquina, tras besarla calurosamente en los labios. La joven mostraba una sonrisa infinita, perfectamente combinada con el brillo de sus ojos. Pero su rostro mutó súbitamente, al ver llegar, a la carrera, al hombre corpulento de pelo oscuro que, con su dedo índice en alto, le hacía reproches, pedía explicaciones, la insultaba duramente. En un instante mínimo, aconteció la escena del crimen, el musculoso con el cuchillo brillante en su mano derecha, y el histérico grito de la mujer que se apagaba lentamente, como una radio a pilas cuando se queda sin energía. Pensé en socorrerla, a pesar de conocer el riesgo de convertirme en una víctima inocente, de esas que suelen aparecer en los titulares de los diarios, por involucrarse donde no corresponde. Sin embargo, me mantuve inmóvil y en silencio, observando, pasivamente, como su vida corta y alegre se apagaba frente a mí. Un vehículo policial está estacionado frente al cadáver solitario de la dama. Creo que buscan testigos, aunque me miran, sin preguntar nada. Juro que les contaría todo detalladamente, sólo si pudiera despegar mi cuerpo plástico y estático, de esta maldita vidriera.

Martín Gardella, *El living sin tiempo*, 2009.

RUTINA DE MEDIANOCHE

Una última rosa cae sobre el ataúd. El sepulturero empuña su pala y empieza a cubrir la fosa con la tierra que forma un arrume montañoso al borde del hoyo. No escucha el llanto de la viuda ni las oraciones del cura de turno. La imagen del féretro desaparece entre el barro y las piedras. Aún con la partida de los últimos dolientes, el enterrador dedica la totalidad de su jornada a cubrir hasta el más mínimo vacío que se asome desde las profundidades. Cuando la tierra alcanza la uniformidad, los únicos detalles que comunican la cercanía con la muerte son los epitafios que se encuentran alrededor. Llegada la medianoche, el silencio envuelve el cementerio, pero el sepulturero sigue al pie de la cripta, firme, aguardando paciente, como si su trabajo exigiera un propósito extra. De repente, un rayo interrumpe la paz del camposanto. El hombre traga saliva, siente un leve temblor subiéndole

por la espalda y ase con firmeza su pala, dispuesto a desenvainarla, como si se tratara de una espada.

Una mano emerge desde la tierra seca.

Esteban Dublín, De la serie Horrores en *Los cuentitos*, 2013.

EN LOS HUESOS

Tras probar sin éxito incontables métodos para adelgazar, Wilson, obeso mórbido, decidió adentrarse en una jungla de plantas carnívoras. Éstas lo acogieron con famélico fragor, dejando a Wilson literalmente en los huesos. Ahora es feliz. Trabaja como esqueleto en la Facultad de Medicina. Y muchas jovencitas lo contemplan con admiración (e incluso lo acarician a veces). Algunas noches Wilson sale a pasear. Le encanta la lluvia. Y bailar sutilmente en los charcos mientras todos duermen.

Javier Puche, *La puerta falsa*, 2011.

VERBO TRISTE

Matthew tenía un amigo. Un amigo de verdad, de esos que se tiene o no se tiene. Un amigo que pensaba, que creía, que no se iba a morir nunca, y que jamás diría que sus calzoncillos eran de color beige. Un día –martes, Wínnappu, hora local– lo hizo. Respiró hondo, contó dieciséis y lo dijo. *Mis calzoncillos, Matthew, son de color beige*. Luego besó a Nicolás, su simpático y juguetón fox terrier, y se murió. Así, de improviso, como el que no quiere la cosa. Lo suyo, quizá, es que esta historia nunca hubiera visto la luz. Y de verla, el mundo oscureciera de repente y para los restos. Pero ha pasado ya algún tiempo, luce el sol y si se ilumina una habitación negra con una vela, todos los hombres parecen borrachos o fantasmas.

Agustín Martínez Valderrama, de la serie Bienvenidos a Wínnapu en *Previsiones meteorológicas de un cangrejo*, 2012.

FRANKENSTEINIANA

El señor Gerardo de la Torre fue arrollado por el tren de Cuernavaca. Como es costumbre, trató de pasar primero y no supo calcular la velocidad de la máquina. De su cuerpo despedazado, según informaron médicos del Banco Nacional de Reconstrucción Humana, sobreviven algunos dedos de la mano derecha, la pierna izquierda; y la nariz, hallada lejos del sitio del accidente, aún daba señales respiratorias. Estos órganos fueron conducidos a un refrigerador, en donde aguardan ser colocados en otros cuerpos.

René Avilés Fabila, *Fantasías en carrusel*, Fondo de Cultura Económica, 1995.

MEDITACIÓN DEL VAMPIRO

En el campo amanece siempre mucho más temprano.
Eso lo saben bien los mirlos.

Pero tiene que pasar un buen rato desde que surge la primera luz hasta que aparece definitivamente el sol. Manda siempre el astro en avanzadilla una difusa claridad para que vaya explorando el terreno palmo a palmo, para que le informe antes de posibles sobresaltos o altercados. Luego, cuando ya tiene constancia de que todo está en orden, tal como quedó en la tarde previa, se atreve por fin a salir. Su buen trabajo le cuesta después recoger toda la claridad que derramó primero. Por eso se ve obligado a subir tan alto antes de caer, para que le dé tiempo a absorber toda esa luz y no dejar ninguna descarriada cuando se vuelva a hundir por el oeste.

Luego en el campo, paradójicamente, se hace de noche también muy pronto.

Los mirlos apagan sus picos naranjas y se confunden con el paisaje.
Y agradecido yo, me descuelgo y salgo.

Hipólito Navarro, *Antología de microrrelatos hispánicos actuales*, Sial narrativa, 2011.